

Curso 2018-2019

Descripción de la situación confesional europea a finales del siglo XVI y causas a las que obedece.

<< Una vez le dijeron a Erasmo que él y Lutero habían puesto el huevo del que había salido la Reforma, y Erasmo contestó que de su huevo había salido una gallina ponedora, mientras que del de Lutero había salido un gallo de combate >>

Santiago Royuela Samit

HISTORIA MODERNA – UNED- PEC 1

Introducción

Tras el Concilio ecuménico de Constanza (1414-1417) podemos decir que toda Europa es católica y obediente al Pontífice de Roma, exceptuando los países denominados por “la media luna” y el Gran Ducado de Moscú, que obedecía al metropolitano de Kiev-Moscú, unido a Constantinopla. Sin embargo, a mediados del Siglo XVI media Europa se ha separado de Roma, configurando un espacio político-religioso propio de un puzle sin resolver, donde la única línea divisoria sería la que distinguía el islam del cristianismo.

La parte europea de confesión católica cristiana, se había fraccionado debido al fenómeno de la **reforma protestante** que se inició el 31 de octubre de 1517, cuando Martín Lutero clavó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos en Wittenberg en un terreno que ya estaba abonado para lo que acontecería en el devenir del Siglo XVI.

Este proceso significativo de fractura, o **cisma protestante**, debe entenderse, para comprender su alcance social y político de la época, y al margen de otras circunstancias que se sumarán, bajo una visión sacralizada de la existencia del hombre que caracterizaba a aquellas sociedades, y en la enorme importancia de la religión en todos los aspectos de la existencia humana; también, en el terreno político. Pero primero, pasemos a ver la configuración del mapa confesional europeo fraccionado a finales del Siglo XVI.

Descripción de la situación confesional europea a finales del Siglo XVI

No podemos hablar de una división de estados nación como en la actualidad, concepto que se desarrollará en el siglo posterior. Más bien suele utilizarse el término de monarquías nacionales, que surgieron tras el Renacimiento ampliando su poder y ámbito de actuación frente a la caída de los poderes universales: el Papado y el emperador. Los territorios políticos de las monarquías se configuraban por la vía dinástica, por matrimonios, o por la conquista mediante armas, cosa que reconfiguraba con cierta agilidad los espacios territoriales que éstas abarcaban.

Las consecuencias inmediatas del **cisma protestante** tenían que ser necesariamente las guerras de religión. Los protestantes no podían admitir como inspiradores del espíritu Santo los cánones o decretos del Concilio de Trento (1545-1563), al que ellos no habían asistido; y los soberanos católicos, una vez afirmado el dogma y fijado el ritual por la Iglesia reunida en el concilio reputados por ellos como universal o ecuménico, tenían que imponerlos a la fuerza para la salvación de sus almas y la de sus súbditos.

Las convulsiones político-religiosas durante el siglo XVI concluyeron en una **Europa triple**. Por un lado, **la católica**, fundamentalmente latina, con España y Portugal, los Estados Pontificios, y extendida a Polonia e Irlanda, así como Austria; también la mitad de Alemania [el sur] y de Flandes. La **protestante**, compuesta de la mitad de Alemania [central y norte], Holanda, Escandinavia, Inglaterra -con las peculiaridades del anglicanismo derivado de Enrique VIII y su disputa con el Papa por temas matrimoniales e intereses nacionales-, Escocia y países bálticos. También el protestantismo logró asentarse en Francia, aunque alcanzó el final de siglo como católica tolerante, tras el edicto de Nantes (1598), que ponía fin a grandes periodos de guerras entre católicos y hugonotes [calvinistas]. En Suiza y su peculiar configuración administrativa en cantones independientes, hubo partidarios tanto del catolicismo como de las doctrinas calvinistas. Cabe destacar el puzle a pequeña escala que representarán Flandes y los territorios holandeses, con espacios católicos y protestantes [Calvinista] que reconfiguraban los territorios entre guerras, pactos y treguas. De otro lado, la parte eslava, se mantenía mayoritariamente dentro de la **griega-ortodoxa**.

En Francia la Reforma penetró con bastante rapidez gracias a la iniciativa del humanista Jacques Lefèvre, que se había adherido a las ideas de Lutero y que tuvo entre sus alumnos a Calvino. La conducta prudente de sus seguidores evitó la persecución y hasta 1534 el luteranismo hizo prosélitos sin encontrar grandes obstáculos, pero ese año todo cambia, cuando se difunden manifestaciones anticatólicas e incluso se fijan en los muros del palacio real. Francisco I, ante esta iniciativa subversiva, desencadena la represión contra los luteranos y muchos, como Calvino, abandonan el país. Con su sucesor, Enrique II, la represión se hace más sistemática. Mayor éxito tuvo en Francia el calvinismo. Calvino era francés y cuidó con particular empeño la difusión de la Reforma en su país. A pesar de que algunos reformadores fueron condenados a muerte, en 1561 se contaban en Francia cerca de 670 pastores hugonotes [nombre con el que se conocía a los calvinistas franceses], un número que fue creciendo a lo largo del siglo hasta conseguir llegar a los estamentos superiores.

De la pequeña zona céltica, Irlanda permaneció como una isla católica sometida a Inglaterra; en Gales, también sometida, se impuso el anglicanismo; y en Escocia, todavía independiente, triunfó el calvinismo. Lo que aquí hemos llamado Flandes estaba en trance de dividirse entre un norte calvinista y un sur católico: Holanda y Bélgica.

Suecia quedó fundada como estado moderno en la primera mitad del siglo, por el rey Gustavo Vasa, “padre de la nación sueca” o “Moisés sueco”, al romper violentamente la Unión de Kalmar con Dinamarca y Noruega. Gustavo implantó el luteranismo y aplastó la resistencia católica con ayuda de mercenarios alemanes.

A su vez, el Sacro Imperio tuvo tres emperadores sucesivos después de Carlos V hasta el fin de siglo: Fernando I, español de nacimiento, Maximiliano II y Rodolfo II, y se mantuvo un difícil equilibrio entre católicos y protestantes. Será Rodolfo, mecenas y aficionado a las ciencias, pero políticamente débil, quien preparó, en cierto modo, la devastadora guerra que iba a afligir a Alemania en el siglo siguiente.

Respecto a la Europa eslava, destacaron los estados enfrentados de Polonia y Rusia. Polonia, que sufrió incursiones tártaras, mantuvo bastante libertad religiosa, pese a lo cual el protestantismo no arraigó debido a su tradicional enemiga Alemania. Su confederación con Lituania la convirtió, por un tiempo, en uno de los países más extensos de Europa en un siglo de auge literario e intelectual, que produjo a Nicolás Copérnico. Políticamente siguió una tendencia contraria a la de los países occidentales: debilitamiento de la monarquía, que terminó haciéndose electiva y más dependiente de la nobleza; la elección de reyes extranjeros (como Enrique III de Francia) debilitó aún más la institución. En 1582, Polonia derrotó a Iván el Terrible y se benefició del comercio del Báltico. La alianza con Suecia contra Rusia condujo a una efímera unión de ambos reinos bajo Segismundo II. Este nombró a católicos para altos cargos de Suecia e introdujo escuelas católicas, propiciando un conflicto civil en Suecia, la ruptura de la unión y guerras entre los dos países.

Con todas sus guerras, el siglo XVI, o parte de él, fue una “edad de oro” cultural y /o política, de esplendor artístico e intelectual por gran parte de Europa, no solo para España, también para Inglaterra, Francia, Italia, Flandes y Polonia.

Los inicios de la decadencia en el seno de la cristiandad europea del Siglo XVI

La causa inmediata y decisiva del luteranismo y la que le infundió alma y carácter fue el mismo Lutero, pero él solo no habría podido arrastrar a pueblos y naciones, separándolos de la religión tradicional, de no haber encontrado unas condiciones favorables que le preparasen el terreno y unas causas o fuerzas más hondas que le ayudasen en su tarea gigantesca.

Mucho antes del estallido de la reforma protestante se desarrollaron hechos [Cisma de Occidente y Papado de Aviñón], se propagaron ideas y se despertaron sentimientos que facilitaron una sublevación contra la Iglesia, la favorecieron y la provocaron, haciéndola casi inevitable. Causa, pues, de la reforma protestante en un sentido amplio fue la disolución del orden medieval [el teocentrismo] y de los supuestos fundamentales que lo sostenían, así como el no haberlos sustituido oportunamente por las formas nuevas que los tiempos pedían.

En primer lugar, hay que mencionar la ruptura de la unidad [Cisma de Occidente] que englobaba toda la vida política y religiosa: una Iglesia y una cristiandad, representadas por la unidad del pontificado y el imperio. El pontificado mismo contribuyó a romper esta unidad, al debilitar el poder del imperio. Durante algún tiempo pareció como si el papa pudiera empuñar también las riendas del mando político [cesaropapismo], pero cuanto más se dilataba su poder, tanto más tropezaba con la resistencia de un mundo cada vez más diferenciado nacionalmente [debilitamiento del Imperio y Auge del Absolutismo (Estados nacionales)] y más consciente de su independencia. Pronto se combatió, junto a las pretensiones injustificadas del papado, al papado mismo [críticas de Marsilio de Padua, Guillermo de Ockham y Gil de Roma].

La consecuencia fue el destierro aviñonense de los papas, que vinieron a depender en gran parte de Francia. El papado se despreocupa en cierta medida de los intereses de la Iglesia universal, pero organiza un sistema fiscal para explotar a los países de Europa, lo que provoca su irritación.

El cisma de Occidente acrecienta la decadencia del papado y oscurece la unidad de la Iglesia. El conciliarismo pareció la única salida posible para recuperar la unidad. Después del concilio de Constanza (1414-1417) esta corriente de opinión siguió viva y sólo fue vencida por medios políticos. Por medio de concordatos, es decir, de alianzas con los estados, los papas trataron de defenderse de las corrientes democráticas y sustraerse a la incómoda reforma. Es más, cuando en 1437, en el concilio de Basilea, estalló de nuevo el cisma, la suerte de la Iglesia quedó en manos de los poderes seculares. El papa hubo de comprar caro el reconocimiento por parte de los príncipes alemanes, el emperador y el rey de Francia, y otorgar al Estado amplios poderes sobre la Iglesia. El resultado fue el «sistema de iglesias nacionales», es decir, la dependencia de la Iglesia de los poderes seculares: monarquía, príncipes o ciudades, con la posibilidad de intervenir a fondo en la vida interna de ella. En el curso del siglo XV, los papas, en lugar de acentuar su misión religiosa frente a la secularización, se convirtieron más y más en príncipes entre príncipes, con quienes pactaban o guerreaban.

En el alto y bajo clero no andaban las cosas mejor. Sin fijarnos en las deficiencias de orden estrictamente moral, el clero había convertido a la Iglesia en una propiedad que procuraba provechos y goce económico. Obispos y párrocos, para cuyo ejercicio se les proveía del necesario sustento, se sentían como propietarios de una prebenda en el sentido del derecho feudal germánico, y al que iban ligadas algunas obligaciones y servicios, pero éstos podían traspasarse a un representante mal pagado, a un vicario.

Cuanto menor era el espíritu religioso en la curia papal y en el resto del clero, tanto más escandalizaba el fiscalismo de la Iglesia y el afán de lucro. Con un refinado sistema de tarifas,

impuestos, donaciones más o menos voluntarias y con el dinero de las indulgencias, se procuraban llenar las arcas de la curia. Pero dado el costoso tren de vida de una corte amundanada [llena de vicios antirreligiosos, corrupta a más no poder], la extensa actividad constructora y los altos costes de la guerra, los apuros financieros eran permanentes. No es casualidad que con este fiscalismo esté relacionado el tráfico de las indulgencias, que ofreció la ocasión inmediata para el estallido de la reforma.

Los abusos descritos produjeron un extenso descontento contra la Iglesia, que fue subiendo de tono hasta convertirse en resentimiento e incluso odio contra Roma. Durante un siglo se clamó por la reforma en la cabeza y en los miembros, y la desilusión se repitió una y otra vez. En 1455 se presentaban, por primera vez, los *gravamina* de la nación alemana. Este conjunto de quejas contra el papado se expuso luego de forma reiterativa, sin que Roma pusiera ningún remedio, lo que atizó el sentimiento antiromano en Alemania.

Inicio y evolución de la Reforma Protestante

Los primeros indicios reformistas ante tal situación fueron principalmente dos. La primera fue difundida por Jan Hus (1369-1415), dando lugar a la herejía llamada husita. La otra, conocida como *Devotio Moderna* [inspirada en Thomas de Kempis], consistió en el abandono de la mística para, a través de la meditación y la plegaria, practicar las virtudes cristianas predicando con el ejemplo, actitud de inspiración franciscana. Pero ya antes de los abusos denunciados por Lutero había habido otras quejas que indicaban a una reforma no cismática de la Iglesia, como es el caso de las Cortes de Castilla u otros parlamentos, y de predicadores como Erasmo de Róterdam (1466-1536), que murió católico, haciendo continuas protestas de su adhesión a Roma. Inconsciente del efecto de su obra, no se dio cuenta de que había sido un factor importantísimo de la protesta de la mitad de la cristiandad y de la corrección de la otra mitad. Ésta será la primera fase de la reforma, representada por Erasmo y Lutero; la segunda fase es la radicalización y fijación de la teología protestante con Calvino (1509-1564), Zwinglio (1484-1531) y Knox (1514-1572), y la tercera fase es la llamada Contrarreforma Católica, cuyos factores más importantes fueron la Compañía de Jesús y el Concilio de Trento.

Martín Lutero, formado en la congregación de los hermanos de la Vida Común de Magdeburgo [en los principios de la *Devotio Moderna*] y doctor en teología, inconsciente como Erasmo de la trascendencia de su obra, fue un instrumento extraño del destino. Un día de 1517, sin haberlo meditado mucho, clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg un escrito con 95 Tesis que se aprestaba a defender en singular combate teológico. La imprenta dio rápida difusión a las ideas de Lutero por toda Alemania y el poder político no tardó en adherirse a la Reforma protestante, debido a la falta de una autoridad visible de la Iglesia y al beneficio que ello suponía al confiscar los bienes de la Iglesia, reforzando así las iglesias nacionales independientes. Finalmente, tras la Dieta de Worms, Lutero acabó siendo proscrito por el emperador Carlos y convertido ya en enemigo de la Iglesia y del Imperio. El emperador, Carlos V, soñará entonces con convencer a los luteranos de que debían reintegrarse al catolicismo y al Papa de la necesidad de reformar la Iglesia. En la *Segunda Dieta de Spira* (1529) se aprobó con mayoría católica que no se introducirían innovaciones en los estados que hubieran aplicado los edictos de Worms y que el culto católico debería mantenerse en los estados afines a la Reforma. Estos *protestaron* de tal acuerdo, y de ahí recibieron el nombre de *protestantes*.

Encendida la mecha con Lutero, la siguiente fase de la Reforma protestante fue su rápida difusión desde la Europa central. Tanto Calvino, como Zwinglio y Knox incorporarán matices respecto al luteranismo de corte fundamentalista, dando lugar al luteranismo, al calvinismo u

otras variantes que seguirán líneas similares como el presbiterianismo, el anabaptismo, el bautismo. Sin embargo, como mostró el coloquio de Masburgo (1529) entre luteranos y calvinistas, las diferencias no eran tan abismales, más que sus manifestaciones externas.

Carlos V, con el concilio de Trento había logrado su propósito. Según él, desde aquella Dieta de Worms, había que reunir la cristiandad convocando un concilio ecuménico. Pero fue un concilio convulso que duró dieciocho años y que acabó estableciendo el dogma católico frente a las controversias protestantes. La Contrarreforma supuso una reacción católica a la sacudida Reformista Protestante y un intento de recuperar la iniciativa religiosa que había extraviado, así como retomar los territorios perdidos. Definitivamente, la Europa del Siglo XVI, quedará como un complejo espacio político cambiante en donde se utilizará la religión como elemento de presión y represión, en un contexto donde empezarán a emerger los nacionalismos.

BIBLIOGRAFÍA

- Enciclopedia de Historia Universal, volúmenes 13 y 14. Editorial Salvat, 2004.
- La Edad Moderna (Siglos XV-XVII). Luís Ribot. Marcial Pons, Ediciones de Historia S. A. 2018.
- Consultas en la enciclopedia Wikipedia.
- Historia Moderna Universal. Alfredo Floristán. Editorial Ariel.